

LA BIOGRAFÍA “HISTÓRICA” DE CARLETON BEALS A TRAVÉS DE SUS LECTORES

Alexandra López Torres

Porfirio Díaz y Carleton Beals: la relación del texto con el autor

En el año de 1932 tras cuatro años de recopilar información y escribir una voluminosa biografía de casi quinientas páginas, Carleton Beals publicó en Estados Unidos su cuarto libro relativo a México, titulado: *Porfirio Díaz. Dictator of Mexico*.¹ En el texto Beals se construye a sí mismo como autor,² con planteamientos distintos a los manifiestos en

¹ El primero fue *Mexico: An interpretation* (1923), una apretada síntesis que comprende desde la herencia india hasta el gobierno de Porfirio Díaz. *Brimstone and Chili* (1927), es una narración sobre sus aventuras por el sur de Estados Unidos y algunos lugares de México. *Mexican Maze* (1931), rico en descripciones sobre experiencias personales, reflexiones sobre la historia y lo contemporáneo.

² A través del discurso, Beals construye a Porfirio Díaz como objeto, pero también se construye a sí mismo como autor. La noción de sujeto se entiende de dos maneras: como *productor* y *producto* del discurso, este último no necesariamente corresponde al Carleton Beals situado histórica y biográficamente, sino a la proyección que hace de sí mismo en el texto. Umberto Eco, *Lector in fabula. La cooperación interpretativa en el texto narrativo*, España, Lumen, 1999, pp. 73-89.



Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana
de San Nicolás de Hidalgo. Correo electrónico: nunik_98@yahoo.com.mx

TZINTZUN, Revista de Estudios Históricos, N° 40, julio-diciembre de 2004.

Brimstone and Chili (1927) y en *Mexican Maze* (1931). Pero a diferencia de estas obras, en la biografía dedicada al general, Beals proyecta una imagen textual de investigador y no la de un viajero extranjero que tras el esparcimiento y los aires folclóricos del país se manifiesta sorprendido ante la alteridad del terruño mexicano y las costumbres de su gente. En este libro su imagen tampoco es la de un periodista-testigo de los eventos reformadores y edificantes que escribe en presente casi al ritmo de su manifestación, sino se construye como un investigador que acudió a las huellas y voces del pasado que el presente arrastró consigo.

Otra diferencia que hace distinta a la biografía de las obras antes señaladas consiste en la manera de enunciar, pues la forma discursiva que adoptó en *Porfirio Díaz* es la del tipo “histórico”,³ es decir, excluye las formas lingüísticas autobiográficas dando la impresión que nadie habla pues el enunciador se “ausenta” de su discurso y la historia parece contarse ella misma, lo cual manifiesta la disposición del autor por presentar un relato despersonalizado u “objetivo”. En las obras anteriores en cambio, la narrativa descriptiva es autoreferencial, ya que la enunciación se realiza en primera persona al tratar sus experiencias y observaciones por los distintos lugares de México.

La posición del autor frente a su obra se expresa en el breve prefacio donde Beals se presenta como un escritor que fundamenta su interpretación en documentos extraídos de archivos y bibliotecas (de carácter público y privado), en informantes autorizados para dar su versión en virtud de la cercanía con Porfirio Díaz o la familiaridad con los hechos narrados, los cuales asegura haberlos “cuidadosamente ratificado y examinado”.

En realidad no especifica las fuentes escritas a las que tuvo acceso. “La bibliografía que cubre un periodo de cien años y que

³ De acuerdo con Roland Barthes el discurso “histórico objetivo” presenta rasgos específicos. El enunciante anula su persona pasional, sustituyéndole la persona objetiva. En la ilusión referencial, el historiador pretende dejar al referente hablar por él solo. Jorge Lozano, *El discurso histórico*, España, Alianza Editorial, 1994, pp. 134-135 y Jorge Lozano, “Sujeto, espacio y tiempo en el discurso”, *Análisis del discurso. Hacia una semiótica de la interacción textual*, México, REI, 1993.

consiste en más de tres mil volúmenes, es demasiado extensa como para ser incluida y será publicada por separado bajo auspicios universitarios”.⁴ Esta lista no se difundió, pero Beals quiso dar la impresión de ser un lector informado y competente sobre la época, con aptitud para dar una versión luego de un arduo proceso de recopilación.

La mención de la cuantiosa cantidad de fuentes consultadas permite suponer que el autor tenía la expectativa de que sus lectores identificaran a su obra, *Porfirio Díaz*, como un texto no perteneciente al género de la ficción. Ello puede advertirse en la siguiente cita: “Los episodios de la vida de Díaz son tan pintorescos y dramáticos y el material disponible tan extenso, que en ningún momento se presentó la tentación -aun cuando se justificaba tal método- de elaborar los hechos en forma de semificción. Las conversaciones se usaron siempre que coincidieron con la verdad; en todos los casos fueron comentadas por uno u otro de los grupos involucrados, o por alguien digno de confianza”.⁵

La biografía desde la perspectiva del enunciador, no pretendía ser una invención sino un relato verídico. Es por ello que se volvió relevante aludir, aunque de forma indirecta en la parte de los agradecimientos, a la manera en que llevó a cabo la observación histórica. Según Beals, ésta se realizó a través de la consulta de documentos⁶ -algunos de ellos hasta entonces inéditos- y mediante las entrevistas con algunos testigos directos que tuvieron la oportunidad de presenciar los acontecimientos. Pero, ¿qué elementos le permitieron confiar en ciertos relatos? El criterio de credibilidad

⁴ Beals, Carleton, *Porfirio Díaz*, (Presentación de Luis González y González. Trad. María Eugenia Llano), México, Editorial Domés, 1982, p. 4.

⁵ *Ibid*, p. 4.

⁶ Al respecto, expresó: “Deseo agradecer a aquellos que generosamente me permitieron consultar cartas y documentos privados, algunos de profunda naturaleza íntima. Muchos maestros rurales, inspectores y autoridades eclesiásticas me ayudaron a viajar, entrevistarme con gente y desenterrar viejos archivos. Habría omitido mucho material irrecuperable de no haber sido por los numerosos soldados, empleados y humildes asociados de Porfirio Díaz”. *Ibid*, p. 3.

concedida por el autor se basó en la autoridad de ciertos hombres para hablar porque representaban a instituciones (como los soldados y las autoridades eclesiásticas), pero sobre todo porque fueron testigos. La “verdad” contenida en la narración de los testigos estaba relacionada con la experiencia perceptiva: “saben porque han visto”.

En cuanto al método para verificar lo dicho, este consistió, primero, en corroborar la concordancia de los testimonios dignos de confianza con el material documental. Luego, en examinar que coincidiera el contenido de la información ofrecida por los distintos sujetos que rindieron testimonio. Para Beals, la verdad residía principalmente en los documentos escritos, pero también concedió importancia a la fuente oral. En esta última, desde el punto de vista de Beals, la verdad se hacía evidente cuando los relatos o versiones contenían datos compartidos entre varias personas o eran del dominio común.

Si bien quiso separarse de la tradición literaria o de la ficción, la paradoja de *Porfirio Díaz* consiste en que su biografía no aspiró a ser un trabajo académico. A partir de los elementos dados por el emisor, no tenía pretensiones de construir una “novela histórica” por dramática que pareciera la verdad; aunque tampoco un trabajo académico “a falta de tiempo”. Consideró en cambio, que su obra era precursora por el tipo de discurso emitido: la aportación residía en el abordaje o en la postura del observador con relación a lo observado, desde una perspectiva “objetiva” o imparcial respecto de otros trabajos existentes en el mismo género. De lo anterior, dijo: “La biografía no aspira a ser un trabajo académico -eso requeriría de diez en vez de cuatro años, ya que se ha realizado muy poco trabajo preliminar en este campo, y casi todo lo que se ha publicado hasta ahora ha tenido un tono publicitario: halago adulador o condena amarga. Aún más, periodo tan largo no podría analizarse en cada etapa con la intensidad deseable. Sólo espero que esto estimulará a otros a llevar a cabo lo que a mí me fue imposible”.⁷

⁷ *Ibid.*, p. 4.

La investigación sobre la vida del ex presidente y la versión sobre su dictadura, para Beals representaba la coronación de sus estudios referentes a México. Consideró que esta obra sería más reconocida que las publicadas previamente, aunque, tenía contemplado que sus receptores principales fueran los lectores norteamericanos, que ya lo identificaban como el autor mejor preparado para hablar de México por los años de residencia y los estudios realizados desde hacía una década sobre la vida mexicana y su política.⁸

Porfirio Díaz en el *Ilustrado*: relación forma-contenido

Cuando Beals publicó la obra *Porfirio Díaz*, ya era un autor conocido en el medio académico norteamericano por los diversos reportajes sobre la Revolución mexicana, que se difundían en la prensa “radical”: en el *Liberator*, *New Masses*, *New Republic* y *Nation*. Por otro lado, la publicación de *Mexican Maze* en 1931 y de *Banana Gold* en 1932, habían fortalecido su reputación en Estados Unidos como crítico de asuntos políticos y sociales de Latinoamérica.⁹ Se ha especulado incluso que Carleton Beals, por su prolífica producción que incluía cientos de artículos y varios libros, fue el autor de izquierda que pudo alcanzar una audiencia más amplia que cualquier otro escritor radical en su momento.¹⁰ En México, era también conocido en el ámbito literario y artístico por los nexos de amistad o la actividad periodística que realizó desde el comienzo de los años veinte y era identificado por miembros importantes de la esfera del poder de ese momento, entre los que sobresalían: Plutarco Elías Calles, Aarón Sáenz, Francisco de A.

⁸ G.W., “A Strong Man and His Epoch”, *Mexican Folkways*, (Ed. Frances Toor), Vol. VII, Núm. 4, octubre - diciembre, México, 1932, p. 213.

⁹ Britton, John A., *Carleton Beals, A Radical Journalist in Latin America*, University of Mexico Press, 1987, pp. 101 y 124. Posiblemente por la notoriedad alcanzada con estos libros, la Fundación “John Simon Guggenheim” - que desde 1925 ofrecía becas para ampliar el desarrollo intelectual de estudiosos y artistas-, dio apoyo durante un año a Carleton Beals para la realización de la biografía.

¹⁰ Cowie, Jefferson R., *The Emergence of Alternative Views of Latin America: The Thought of Three U.S., Intellectuals*, 1997, p. 27.

Benavides e Isidro Fabela, quienes estaban al tanto -por los monitoreos constantes realizados en la prensa extranjera- de las publicaciones referente a la política mexicana.¹¹

La biografía en su momento fue leída por las dos comunidades de lectores: la norteamericana y la mexicana. En Estados Unidos el libro no dejó impávidos a los críticos, quienes por el contrario, profirieron elogiosos comentarios invitando a su lectura en publicaciones como: *New York Time*, *Bookman*, *Saturday Review of Literature*, y *Commonweal*.¹² De hecho, los “lectores potenciales” de este libro fueron intelectuales, académicos, políticos y miembros del gobierno norteamericano interesados en el país vecino.

En México la primera edición que circuló, -la de 1932-, exigía de sus lectores el entendimiento del inglés. Este elemento redujo el ámbito de recepción a un sector minoritario de la población, a pesar de que en la memoria colectiva y en la narrativa mexicana se sometía a juicio al general Porfirio Díaz pues había cierto interés por valorar este largo periodo de gobierno después del cambio de régimen político.¹³ No obstante, no hubo empresa que publicara la biografía traducida al español en formato de libro.¹⁴ Es posible que el autor inicialmente no contemplara su publicación en México a la par que en Estados Unidos. Es incierta la manera como dos años después, Beals consiguió un

¹¹ Velasco, Jorge, “Reading Mexico, Understanding the United States: American Transnational Intellectuals in the 1920s and 1990s”, *The Journal of American History*, Vol. 86, Núm. 2, septiembre de 1999. Véase también Archivo General de la Nación (en adelante AGN), ramo Obregón-Calles, Exp. 721-I-6, 28 de octubre de 1927.

¹² Britton, John A., *Carleton Beals...*, p. 101.

¹³ Intelectuales como Luis Cabrera, José López Portillo y Rojas, Francisco Bulnes, Luis Manuel Rojas, Nemesio García Naranjo, Leopoldo Bartres, Emilio Rabasa y Alfonso Reyes, entre otros autores, abordaron el gobierno porfiriano para condenarlo o bien para defenderlo. Los voceros de la Revolución -de la escrita con mayúscula-, por su parte, habían determinado la manera en que habría de ser recordado el pasado en la cultura cívica dominante. Al denostar al porfiriatto se buscaba la legitimidad discursiva para dar cabida al nuevo gobierno en el poder. Como tema o tópico, el gobierno del dictador era importante para autoafirmarse a través de su negación. La Revolución se refiere a la construcción e invención que hicieron de ésta los voceros oficiales. La noción de memoria colectiva y de la Revolución como mito, la retomo de Benjamin, Thomas, *La Revolución. Mexico's Great Revolution as Memor, Myth and History*, Austin, University of Texas Press, 2000.

¹⁴ En cambio *Mexican Maze* (J.B. Lipincott Campany, Philadelphia) su tercer libro, se publicó simultáneamente en Estados Unidos y México en 1931.

espacio para divulgarla en la prensa mexicana. A partir del 1º de marzo y hasta el 20 de diciembre de 1934, apareció en el semanario capitalino *Ilustrado* la sección que llevó por nombre “La vida de Porfirio Díaz”, presentada ante el público en capítulos semanales traducidos al español especialmente para este órgano de divulgación.

Esta versión mexicana, la “más sensacional de los últimos años” -como la calificó el director del *Ilustrado*-, se publicó tomando en consideración el éxito suscitado en Estados Unidos: “Por la cantidad de datos que contiene, por la importancia que en los Estados Unidos se le ha dado -a punto de considerarla como obra de consulta en lo que atañe a la vida del ex caudillo- y porque es conveniente que el pueblo de México se forme una idea de la manera como se aprecian las personas y las cosas nacionales desde fuera, hemos resuelto publicar, traducida del inglés la Biografía de Porfirio Díaz por el conocido periodista y escritor Carleton Beals”.¹⁵

En su publicación se cuidó que el estilo fuera accesible al “gran público” mexicano, o de acuerdo con el discurso de la época. Al respecto, se dijo: “Nos hemos resuelto a dar este paso, no porque contiene verdad histórica, pura y definitiva, sino porque consideramos que no es ocioso hacerla llegar hasta el conocimiento del pueblo, con todas sus virtudes y defectos, a fin de que éstos se corrijan, si es posible, por medio de la rectificación desapasionada y de la discusión”.

Llama la atención que el texto escrito por Carleton Beals tuviera una recepción distinta en México respecto de los Estados Unidos. En el país vecino los críticos generalmente elogiaron la biografía,¹⁶ incluso hubo quien situó a *Porfirio Díaz* como “la primera biografía definitiva acerca del hombre... y su época”.¹⁷ Los “pares” de Beals residentes en México, o colaboradores de la revista bilingüe *Mexican Folkways* también contribuyeron a construir la imagen del periodista como un

¹⁵ Beals, Carleton, “La vida de Porfirio Díaz”, *Ilustrado*, año XVII, Núm. 877, 1 de marzo de 1934, p. 24.

¹⁶ Britton, John A., *Carleton Beals...*, p. 101.

¹⁷ G.W., “A Strong Man...”, p. 213.

autor de prestigio, pues con frecuencia aparecen en la revista referencias como: “Carleton Beals, es el escritor más autorizado sobre el México actual” (dicho en 1929) o “Carleton Beals no necesita presentación para los lectores sobre México. Él ha hecho ya importantes contribuciones con sus artículos y sus dos bien conocidos libros...” (1932).¹⁸

En México, el *Ilustrado* reproducía la siguiente imagen del autor: “Carleton Beals, el formidable escritor norteamericano que habla, con conocimiento de causa sobre la vida de don Porfirio”.¹⁹ Sin embargo, no se consideraba que su trabajo fuera la “verdad histórica, pura y definitiva”. Se calificó el escrito como “novelístico”, “popular” o de divulgación, más que académico o “histórico”, pero con cierta utilidad: la de ver reflejados en el espejo del “otro”, en la alteridad del extraño, las virtudes y defectos. *Porfirio Díaz*, desde esta perspectiva, no representó conocimiento histórico sobre el pasado, sino la oportunidad de percibir cómo eran vistos los eventos nacionales desde fuera.

Desde el primer capítulo la biografía despertó polémicas, por lo menos eso sugieren las palabras del director cuando dijo: “Continuamos con la traducción de la discutida obra del periodista Beals”,²⁰ sin embargo, los responsables del semanario se manifestaron abiertos a recibir toda clase de “rectificaciones” por parte del público lector.

“La vida de Porfirio Díaz” fue una sección que gustó al público del *Ilustrado*. Muchos fueron los lectores que solicitaron al periódico los números atrasados y tuvieron que reeditarse los dos primeros capítulos, que salieron en el transcurso de cinco semanas.²¹ La serie

¹⁸ Toor, Frances, “Nuestros colaboradores”, *Mexican Folkways*, Vol. V, Núm. 4, octubre-diciembre, México, 1929; “Book Notes”, *Mexican Folkways*, Vol. VII, Núm. 1, enero-marzo, México, 1932.

¹⁹ Beals, Carleton, “La vida de Porfirio Díaz”, *Ilustrado*, año XVII, Núm. 879, 15 de marzo de 1934, p. 21.

²⁰ Beals, Carleton, “La vida de Porfirio Díaz”, *Ilustrado*, año XVII, Núm. 878, 8 de marzo de 1934, p. 20.

²¹ Beals, Carleton, “La vida de Porfirio Díaz”, *Ilustrado*, año XVII, Núm. 881, 29 de marzo de 1934, p. 10.

compartía espacio con las secciones de deportes, espectáculos, moda y la novela semanal, circuló hasta llegar al capítulo treinta y cuatro, casi 48 semanas. No obstante, los capítulos finales fueron suspendidos lo que provocó la insatisfacción de los lectores, ávidos de relatos por episodios.

El 3 de enero de 1935 se anunció la suspensión de “La Vida de Porfirio Díaz”. No se sabe el por qué el periódico tomó esta decisión, pero existen varios elementos que posiblemente lo expliquen. Uno de ellos fue el cambio de director, lo que probablemente generó nuevas expectativas y modificaciones en cuanto a la línea editorial. Otra posibilidad es que Gonzalo de la Parra -el nuevo director- se haya visto obligado a tomar en cuenta algunas “recomendaciones” y, finalmente, la posibilidad de censura. Lo que está claro es el cambio de actitud. De la Parra anunció los motivos de la suspensión en los siguientes términos:

La publicación de un libro histórico de este género queda plenamente justificada cuando envuelve una enseñanza. La vida de Porfirio Díaz, por Carleton Beals no puede llenar este noble fin, porque es un libro apretado de falsedades y henchido de pasión. La mentira y la pasión, en efecto se desbordan casi entre una y otra línea como una espuma rabiosa, aunque incomprensible. Para juicios históricos verdaderamente serenos los de este libro; son demasiado prematuros. Las anécdotas son casi todas falsas, el estilo es pobre; tratase de verdad de una obra de escaso valer, sin los encantos de estilo y sin fuerza de la verdad.²²

Otro posible motivo de la interrupción de la biografía se debió a la discusión entre Salvador Quevedo y Zubieta y Carleton Beals, aparecida en el periódico *Excélsior*.²³ En la Editorial se puede advertir cómo fue leída, interpretada y sancionada en su horizonte cultural. De esta discusión nos ocupamos más adelante.

²² Gonzalo de la Parra, “Suspendemos la publicación de ‘La Vida de Porfirio Díaz’. De Carleton Beals”, *Ilustrado*, año XVIII, Núm. 920, 3 de enero de 1935, p. 33.

²³ Quevedo y Zubieta, Salvador, “Los Generales Presidentes Porfirio Díaz y Manuel González, el Sr. Carleton Beals y Yo”, *Excélsior*, 9 de noviembre de 1934, pp. 5 y 8.

La pregunta obligada sería, ¿por qué primero se le autoriza hablar a Beals -en términos historiográficos- y luego se le niega esta facultad?²⁴ Beals antes de publicar “La vida de Porfirio Díaz” había sido un escritor preocupado fundamentalmente por el presente o el pasado inmediato, es decir, por la lucha armada y la construcción del nuevo régimen revolucionario. En ocasiones, a fin de situar antecedentes e ilustrar a un auditorio norteamericano neófito en el discurso nacionalista que concilió “lo indígena” con “lo revolucionario”, tuvo que recapitular la historia mediata o remota. Los datos y referentes del pasado generalmente tenían la finalidad de convencer al auditorio de que estaba leyendo información sustentada, aunque el interés principal de Beals era lo emergente. Pero no sólo se trataba de un interés por lo inmediato sino que la práctica periodística le llevaba a seleccionar lo “noticioso”, para proporcionar una crónica “al día”. El hecho de que un periodista escribiera sobre una figura del pasado -materia que usurpa del historiador-, era ya un motivo para despertar polémicas. A esto habría que añadir su condición de extranjero y su falta de profesionalismo, desde la perspectiva de los “historiadores de oficio”. Carleton Beals no contaba además, a diferencia de Frank Tannenbaum o Ernest Gruening -por citar algunos ejemplos-, con el respaldo académico que le diera autoridad para hablar desde una trinchera institucional. Era un pensador que ejercía por cuenta propia, de manera independiente, sin más lineamientos que aquellos establecidos por los medios de difusión donde publicaba. Su escritura no estaba sancionada por un cuerpo académico universitario sino por el criterio de populistas, simpatizantes de la izquierda, antiimperialistas vinculados al periodismo radical.

El abordaje del pasado fue un desafío para la trayectoria profesional de Beals. ¿Qué lo motivó? Quizás las nuevas circunstancias en las que se vio envuelto el personaje real y exterior al discurso.

Beals vivió en México entre 1923 y 1933. Durante este tiempo publicó decenas de artículos para periódicos norteamericanos, pero

²⁴ Certeau, Michael de, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1993, véase el apartado “El que permite y el que prohíbe: el lugar”, p. 81 y ss.

no siempre mantuvo la misma opinión acerca del curso de la Revolución mexicana, o más bien, sobre los jefes políticos que la lideraban. El optimismo en torno a los logros de Obregón y las notas henchidas de entusiasmo y simpatía, fueron cambiando a un tono crítico durante el periodo de Calles y los años en que éste dominó. La postura de Beals se transformó y las autoridades que sancionaban lo escrito no estuvieron de acuerdo con ello. El norteamericano acusó a los jefes políticos de tiranos; cuestionó acremente su ejercicio en el poder; señaló las ambigüedades entre las prédicas y las prácticas; se manifestó disgustado por no ver materializados los discursos en progresos reales para los obreros y campesinos. De igual manera, denunció la demagogia e incluso tuvo la osadía de cuestionar si los jefes políticos habían adoptado tácticas fascistas o si éstos habían traicionado a la Revolución, desplazándose en términos ideológicos y políticos hacia la derecha.²⁵

Desde 1927 Carleton Beals estaba siendo observado por la Agencia de Prensa²⁶ al detectarse un artículo suyo publicado en *New Republic*, titulado “¿Hasta dónde México?”. En éste, el autor se refirió “a lo que se llama la persecución religiosa”;²⁷ a la violación por parte del Gobierno de las garantías individuales de los civiles, militares y religiosos; y a los crímenes cometidos por funcionarios que provocaban la reacción de los católicos. Los funcionarios gubernamentales sabían que Carleton Beals era un puente de comunicación importante,²⁸ que

²⁵ Carleton Beals escribió dos artículos especialmente críticos: “Mexico Turns to Fascist Tactics”, *The Nation*, Núm 132, 28 de enero de 1931; “Has Mexico Betrayed her Revolution?”, *New Republic*, Núm 67, 22 de julio de 1931.

²⁶ La Agencia de Prensa, dirigida por Francisco Benavides en tiempos de Calles, mantenía comunicación con “más de dos mil periódicos en todo el mundo” para sondear los artículos y noticias sobre México que circulaban especialmente en Alemania, Inglaterra, América Latina y Estados Unidos. Ponia especial cuidado en los artículos escritos por estadounidenses pues “casi todas las noticias llegan a Europa por conducto de los periodistas norteamericanos” y tenía por comisión realizar una intensa propaganda “para contrarrestar la labor de nuestros enemigos”. Francisco de A. Benavides a Calles, AGN, Ramo Obregón-Calles, Exp. 721-I-6, 28 de octubre de 1927.

²⁷ Francisco de A. Benavides a Calles, AGN, Ramo Obregón-Calles, Exp. 721-I-6, Boletín 163, 31 de diciembre de 1927.

²⁸ El candidato a la presidencia de Estados Unidos Norman Thomas le solicitó a Beals

escribía en medios de difusión que leían políticos, intelectuales y obreros organizados, y sustentaba conferencias sobre México en foros liberales o radicales, universitarios y obreros.²⁹ Pero era necesario controlar la información que proporcionaba éste o cualquier otro periodista con influencia en Estados Unidos, cuando las versiones proporcionadas no estaban ceñidas a la conveniencia de la diplomacia mexicana.

Hasta aquí, sólo hemos podido señalar de manera hipotética algunos de los elementos que llevaron a Beals de un *lugar* a un *no-lugar*. El *Ilustrado* hizo posible “La vida de Porfirio Díaz”, pero censuró la biografía en un momento dado. Asimismo, los directivos de este órgano de difusión estaban circunscritos a otras instancias que permitían y prohibían cierto tipo de producciones. Desde nuestra perspectiva, no era la primera vez que Beals había sido objeto de censura, la traducción al español que se realizó de su obra *Mexican Maze* proporciona elementos para reforzar esta idea, aunque por el momento no abordaremos este asunto.

Las posibles deficiencias de “La vida de Porfirio Díaz” en cuanto al análisis y la rigurosidad metodológica de la investigación, no son suficientes para explicar por qué al autor se le desacreditó. Falta tomar en cuenta desde qué *lugar social* escribió Beals y los prejuicios del Estado ante las fuentes literarias que emitían juicios críticos sobre cómo se ejercía la autoridad.

La interpretación de Salvador Quevedo y Zubieta: El lector originario

La publicación de Beals despertó distintas reacciones entre sus contemporáneos. Las diversas lecturas o comprensiones dejan al

información sobre el conflicto religioso en México, y le dio una carta dirigida a Calles para que se la hiciera llegar. AGN, Ramo Obregón-Calles, expediente 217-E-40, 28 de mayo de 1928.

²⁹ Isidro Fabela le informó al presidente Emilio Portes Gil, sobre los foros en los que Carleton Beals habría de presentarse para hablar acerca de México. Le nombró catorce centros, entre otros: el Club Obrero de Filadelfia, el Ford Hall -centro de conferencias más grande de Boston-, el Club Liberal de la Universidad de Harvard. Isidro Fabela a Emilio Portes Gil, AGN, Fondo Portes Gil, Exp. 315/104, extracto 727, 15 de febrero de 1929.

descubierto el horizonte cultural desde el cual fueron realizadas; nos dan cuenta de la historicidad del texto y de los cambios interpretativos. No hay lectura correcta, sino distintos horizontes desde donde se realiza la lectura. La discusión entre Salvador Quevedo y Zubieta y Carleton Beals a través de la prensa, representa el encuentro entre el horizonte del lector y del autor en su contexto comunicativo originario; plantea un ejemplo sobre la teoría de la historia desde la cual se comprendían los hechos históricos en el contexto de su publicación. De este encuentro -ignorado o desconocido en las revisiones historiográficas recientes-, trata este espacio.

Salvador Quevedo y Zubieta³⁰ se interesó en la obra de Beals por la interpretación previa que él mismo realizó sobre Porfirio Díaz. Ambos compartieron la pasión por un mismo tema, pero el doctor no tuvo acceso a la obra completa del norteamericano escrita en inglés, no obstante que circuló en México. El debate que ambos mantuvieron se originó por uno de los fragmentos publicados en el *Ilustrado* en 1934 referido a Manuel González.³¹

Quevedo y Zubieta en su artículo toma la palabra como un sujeto “autorizado” para rebatir a Carleton Beals sobre lo dicho con relación a Manuel González, por haber sido contemporáneo a su gobierno y escrito un libro acerca del personaje (editado en México dos veces y reeditado en Madrid). Consideraba que la obra de Beals era el producto de un “turista negociante”, que escribió sobre el pasado con afirmaciones aparentemente “históricas”.

Para evaluar el trabajo de Beals su interlocutor recurrió a una explicación sobre los instrumentos de trabajo histórico y la manera de utilizarlos. Sin embargo, en la crítica de Quevedo y Zubieta no está

³⁰ Salvador Quevedo y Zubieta (1859-1935) fue médico y abogado. Colaboró en la ciudad de México en los periódicos *La Constitución*, *El Republicano* y *El Telégrafo*. Fundó el semanario *El Lunes* como un espacio de oposición al presidente Manuel González, por lo que debió exiliarse en 1882. Permaneció en Europa hasta 1895. Autor de diversos libros de historia y literatura, entre los que se pueden mencionar: *El general González y su gobierno en México* (1885) y el panegírico: *Porfirio Díaz* (1906).

³¹ Beals, Carleton, “La Vida de Porfirio Díaz”, (Capítulo XXIX. De cómo don Porfirio eligió presidente al Gral. González), *Ilustrado*, Vol. XVIII, Núm. 909, 11 de octubre de 1934, pp. 9 y 53.

ausente la pasión; se expresa afectado por dos aseveraciones hechas por el periodista sobre su libro *Manuel González y su Gobierno: la pobreza de documentación*³² y la crítica sobre ciertos subsidios otorgados por el presidente González al doctor, durante su estancia en Europa.

Para librarse de sospechas o del alcance de las palabras de Beals, el doctor utilizó a *Excelsior*, un órgano de difusión importante en la época, para mostrar que el extranjero no estaba acreditado para “lanzar contra Porfirio Díaz y a favor de Manuel González un cúmulo de afirmaciones con pretensión de *históricas...*”.³³

A lo largo del artículo, Quevedo y Zubieta acusa al norteamericano de cometer varias faltas graves en las que no debía incurrir ningún buen historiador. Los criterios teóricos y metodológicos que emite -la historicidad de su lectura-, corresponden al paradigma historiográfico positivista. Desde este contexto o *lugar social*, Beals, en opinión del doctor, emprendió la escritura careciendo de “documentos-prueba” para realizar afirmaciones “históricas”; había que fundamentar y probar con documentos escritos. No bastaba con atender los relatos orales de amigos o parientes de Porfirio Díaz y Manuel González, pues éstos eran versiones “parciales”.

En la noción positivista de documento-prueba, la escritura fija la afirmación o el juicio realizado acerca de la realidad exterior (el hecho). Hace fiel la transmisión y le permite al historiador tomar el escalpelo para su disección, mientras que la afirmación oral es susceptible de alterarse en la memoria, en la tradición y, en el caso de los testimonios realizados por los amigos, por la subjetividad.³⁴ Es por ello que las afirmaciones con pretensión de “históricas” requerían además -de acuerdo a Quevedo y Zubieta-, de un proceso analítico riguroso y erudito, no de un “rápido interrogatorio de turista”.

³² Salvador Quevedo y Zubieta, “Los Generales Presidentes Porfirio Díaz y Manuel González, el Sr. Carleton Beals y Yo”, *Excelsior*, 9 de noviembre de 1934, p. 5.

³³ *Idem*. Las cursivas son un entrecorillado del autor.

³⁴ Cf. C.V. Langlois y C. Seignobos, *Introducción a los estudios históricos*, (traducción Domingo Vaca), Argentina, La Pléyade, 1972.

Por lo que se puede inferir de las reflexiones de Quevedo y Zubieta, él compartía la idea de que “una verdad científica no se determina por *testimonio*”.³⁵ Pero tratándose de un pasado reciente y habiendo testimonios directos, el investigador debía confrontarlos con las publicaciones y constancias escritas existentes. Beals parecía haber evadido la búsqueda y consulta de fuentes.

Aún cuando por diversas razones la investigación estuviera limitada a las entrevistas, el rigor mínimo exigido a un trabajo de índole histórico debía someterse a un procedimiento de selección de los deponentes “dignos de fe”, así como de eliminación de las parcialidades. Para Quevedo y Zubieta, el libro *Porfirio Díaz* de Beals, no se había realizado con una adecuada crítica de fuentes. De manera sintética, el apartado leído por Quevedo y Zubieta fue interpretado considerando que el autor emprendió la escritura desprovisto de “documentos probantes”: “Yo me dije: ‘Este don Carleton va seguramente a destacar las dos figuras con documentos probantes’... ¡Qué desilusión!... No hay allí la menor prueba...”³⁶

De acuerdo con el lector originario, Beals limitó la investigación al dar más importancia a las fuentes orales. No confrontó las fuentes orales con las fuentes escritas; ni realizó una selección adecuada para distinguir a los testimonios dignos de credibilidad de aquellos que no lo eran. Para Quevedo y Zubieta, Beals omitió la crítica de las versiones para eliminar la parcialidad de ellas:

¡Se trata de un señor americano que vino a México para hacer un libro sobre ‘el Dictador Porfirio Díaz’ y se contenta con oír a éste o aquel amigo o pariente del que fue presidente Manuel González y repite lo que esos parciales le dijeron respondiendo a tan rápido interrogatorio de turista... ese mister Carleton Beals ni ha ido a las bibliotecas para compulsar testimonios... ni ha hecho selección de deponentes ni eliminado parcialidades, ni entresacado contemporáneos sobrevivientes dignos de fe....³⁷

³⁵ *Ibid.*, p. 120.

³⁶ Salvador Quevedo y Zubieta, “Los Generales Presidentes Porfirio Díaz y Manuel González, el Sr. Carleton Beals y Yo”, *Excelsior*, 9 de noviembre de 1934, p. 5.

³⁷ *Idem.*

Desde el horizonte del lector positivista -el de Quevedo y Zubieta-, el norteamericano era ignorante del tiempo y el medio social. Había improvisado en una actividad que desconocía, por ello no estaba autorizado para dar un juicio histórico: “Este Prescott de maletilla con camisas de muda y documentación negativa ha creído que en esta época de análisis... se puede ir a México para improvisar un libro sobre historia que no se conoce, sobre hombres tiempo ha juzgados, como si se tratara de realzar a un diestro y humillar a su rival en excursión a la plaza de toros...”.³⁸

Las reflexiones que estuvieron presentes en el diálogo entre Quevedo y Zubieta y Beals, se relacionan con las posibilidades de conocer el pasado. Si imaginamos las preguntas planteadas por el doctor en el momento de la lectura, podríamos decir que formuló las siguientes: ¿qué validez tiene Carleton Beals para hablar sobre hombres ya juzgados? ¿A quiénes corresponde juzgar el pasado? La respuesta pudo ser: “Ensalzar una figura ya condenada, abatir otra cuyo balance social está por registrarse íntegramente eso es tarea que corresponde, no a *agentes viajeros en comisión comercial de historiógrafos*, sino a verdaderos investigadores reposados, estables”.³⁹

Expresiones como: “una figura ya condenada” u “hombres ya juzgados” sugieren la noción de verdad absoluta. Esta concepción se contrapone a la idea de que el juicio histórico es un punto de vista provisional motivado por la situación social, cultural o fundamentado por la experiencia. La interpretación de Quevedo y Zubieta en torno a la obra de Beals se realizó de acuerdo con las categorías de percepción y los principios de clasificación del paradigma positivista. Su crítica, o el gusto estético manifiesto, procedieron de este referente adquirido por la experiencia. No podemos decir que uno u otro hubiera escrito la versión correcta sobre la vida del dictador, sólo que escribieron desde campos distintos, cada cual respondiendo a ciertas reglas.

Del diálogo entre estos dos autores se derivan otras cuestiones no menos sugestivas; el pago por escribir un relato histórico es una de

³⁸ *Idem.*

³⁹ *Idem.* Las cursivas son mías.

ellas. Quevedo y Zubieta, criticaba que la Historia fuera escrita por comisión. La versión de Beals se había hecho por beneficio económico, no por el compromiso de un intelectual. Por ello Quevedo y Zubieta creía que “La vida de Porfirio Díaz” respondía al afán de lucro, “con libretilla de apuntes en mano, *return-ticket* en bolsillo para volverse pronto a Estados Unidos y decirle a su editor: *I am here. I come from my historical travel in Mexico...* Ya acabé... Aquí traigo lo bastante para traducir el trozo de *Mexican history* que usted me encomendó... Obra de turista negociante y nada más...”.⁴⁰

Tres días después de haberse conocido el artículo de Quevedo y Zubieta, Carleton Beals se defendió públicamente. Aparentemente no era de su interés entrar en polémica con “persona tan estimable”, sin embargo, creyó necesario precisar varias cuestiones “no para defender mi propia reputación sino la *verdad histórica*”.⁴¹ La provocación de Quevedo y Zubieta tuvo un efecto interesante: Carleton Beals se vio obligado a explicar por primera vez ante el público mexicano cuáles habían sido las estrategias puestas en práctica para construir el mundo social del porfiriato. Por tratarse de un discurso histórico, fue obligado a ofrecer una aclaración sobre la posibilidad de obtener un conocimiento “realista” del pasado; a proporcionar las referencias de verificabilidad. Si Beals hubiera anunciado una novela histórica, verosímil más no verídica, no se le hubiera demandado tal empresa.

Su defensa comenzó así: “se nota que el doctor no ha ido a la *f fuente prístina*, primera obligación del historiador... no ha consultado el texto original en inglés”.⁴² El primer problema que Beals detectó fue la alteración de la obra debido a una deficiente traducción. Al interpretar el contenido en otra lengua, no podían evitarse los errores y ligeros cambios de énfasis debido a las exigencias del español y respecto de este punto mencionó: “la supresión de varias frases en las que hago comparaciones con la política actual”. Por lo anterior, la

⁴⁰ *Idem.*

⁴¹ Beals, Carleton, “Los Generales Presidentes Porfirio Díaz y Manuel González, el Sr. Salvador Quevedo y Zubieta y Yo”, *Excelsior*, 12 de noviembre de 1934, p. 5. Las cursivas son mías.

⁴² *Idem.*

“fuente pristina” era una obra distinta a la versión interpretada al español y, por tanto, Quevedo y Zubieta no podía atacarlo “atribuyéndome cosas que no he dicho”.

En torno a la crítica de no haber consultado los documentos de la época, Beals enumeró las fuentes para verificar la “realidad” del pasado. En el artículo de *Excélsior*, básicamente comentó lo mismo que en el prólogo a la edición publicada en Estados Unidos, es decir, que había consultado biografías, novelas, periódicos de diversas tendencias, mensajes presidenciales y diversas obras entre las cuales se hallaban las de Santibáñez, Troncoso, Prida, Bulnes, Ireneo Paz, Lara Pardo, García Granados, López Portillo y Rojas, Bancroft, Zamacois, Francisco Cosme y García Naranjo. La gran diferencia del artículo publicado en *Excélsior* es que la ironía gobierna su narración. La siguiente cita da muestra de ello:

¡Documentos! Además, localicé el archivo de González perdido durante cuarenta años desde que estaba escondido cuando Porfirio Díaz trató de decomisarlo. Pagué \$75.00 de flete por transportar casi cinco toneladas de documentos a la ciudad de México, un furgón entero... Si he llegado a interpretar aquellos acontecimientos históricos en forma diferente que lo ha hecho Quevedo y Zubieta, es precisamente porque he tenido acceso a una documentación que hasta hoy él ignoraba su existencia y que debía haber consultado antes de publicar, hace poco, la tercera edición de su llamada Biografía de González...⁴³

Un desplegado en el periódico no fue suficiente para justificarse. En *Excélsior* se publicó la segunda parte de la larga respuesta dirigida aparentemente a Quevedo y Zubieta, pero en realidad encausada hacia el lector mexicano que pudiese dudar de la seriedad de su obra. El contenido sustancial de ésta, giró en torno a la discusión sobre las fuentes de la historia. Carleton Beals hábilmente utilizó sus estrategias de reportero y una escritura mordaz, para sacar provecho de un artículo que el doctor había publicado varios años atrás en *El Universal* en el que confesaba “que no necesitaba documentación para escribir

⁴³ *Idem.*

la biografía del general González, e hizo una exaltación del gran valor que tienen para la historia los rumores populares, comparándose así con el gran historiador romano, Tácito”.⁴⁴ Ya que los genios como Tácito y el doctor podían prescindir de las fuentes fidedignas y utilizar “rumores populares”, Carleton Beals quiso mostrar “modestamente” la diferencia respecto de aquellos y refutar los planteamientos sobre la falta de documentos-prueba, la incapacidad para emitir un juicio histórico y la ignorancia sobre el tiempo y el medio social que le achacaba Quevedo y Zubieta. Al respecto, dijo: “confieso que he tenido que recurrir a la penosa tarea de sacudir archivos y revisar muchos documentos, antes de empezar la biografía de Porfirio Díaz... Allí están las cinco toneladas de documentos y el doctor Quevedo y Zubieta con grandes talentos y reposo debe consultarlos y así prestar un gran servicio a la historia poniendo en claro la verdad, en vez de escuchar la voz de la calle y entablar polémicas sin consultar los récords existentes”.⁴⁵

Desde el horizonte de Carleton Beals la cantidad de documentos recopilados garantizaba un amplio conocimiento del contexto histórico en cuestión y no el proceso de interpretación o de planteamiento de preguntas pertinentes a los documentos. Quevedo y Zubieta también participaba de la opinión de que la profusa documentación producía una mejor historia, sin reparar que la historia es el resultado de la manera en que su observador se sitúa frente a ella.

La interpretación histórica a la distancia

Con cinco décadas de retraso desde que se dio a conocer *Porfirio Díaz. Dictator of México* en Estados Unidos y cuarenta y ocho años después de haberse publicado “La vida de Porfirio Díaz” en el *Ilustrado* en su versión castellana, el historiador Luis González celebró: “que la publicación en español de la biografía de Carleton Beals llega(ra) muy a tiempo para abrir la nueva época de estudios porfirianos y no porque

⁴⁴ Beals, Carleton, “Los Generales Presidentes Porfirio Díaz y Manuel González, el Sr. Salvador Quevedo y Zubieta y Yo”, *Excelsior*, (Página Editorial), 13 de noviembre de 1934, p. 5, columnas 3-5.

⁴⁵ *Idem*.

sea el último grito en cuestiones porfiricas, que sí por su carácter legible y controversial”.⁴⁶

¿De qué manera situó Luis González a Carleton Beals como autor en la presentación de su obra? De acuerdo con el historiador, “El periodista norteamericano Carleton Beals, nacido en 1893, pertenece a la generación de introductores en México de la historiografía científica, de una historia que no pretende glorificar ni asumir en la ignominia a nadie, que sólo busca la resurrección de las acciones humanas del pasado y su ubicación en el devenir histórico”.⁴⁷ González observa a Beals como un autor que “elude las arideces de la ciencia”, porque se dejó llevar “por las costumbres de su oficio y lo fecundo de su pluma”.

El azar produjo el encuentro del lector no originario con la obra de Beals. Luis González se hallaba hacia el año de 1958 en la Biblioteca Nacional compilando las *Fuentes de la historia contemporánea de México*, cuando entre los estantes se topó con el gordo volumen de *Porfirio Díaz* relegado o “situado en el olvido”. A Luis González le pareció que “Era aquello algo insólito en la época en que se procesaba a Díaz, pues no reivindicaba al famoso personaje, ni arremetía sin ton ni son contra él, ni dictaba una sentencia judicial”,⁴⁸ es decir, consideró excepcional que Beals en aquel contexto fuera imparcial.

¿Cómo se explicó Luis González que no se hubiera dado a conocer antes su obra en español? Para él “Era una *historia narrativa*, y quizá eso explique su no publicación en español. Sin embargo, don Daniel Cosío Villegas creía que la causa de su *olvido* y no traducción al habla de México era *la poca seriedad* del libro de Beals. Como yo le pregunté ¿por qué lo considera usted poco serio?, él me contestó: ‘carece de toda bibliografía. *No dice dónde proceden sus noticias*’”.⁴⁹

Hace veinte años que Luis González redactó la presentación al controversial libro del pensador norteamericano y entonces coincidió con la opinión que años atrás Daniel Cosío Villegas le manifestara:

⁴⁶ Beals, Carleton, *Porfirio Díaz...*, p. iv. Las cursivas son mías.

⁴⁷ *Idem*.

⁴⁸ González, Luis, “Presentación”, en Carleton Beals, *Porfirio Díaz...*, p. v.

⁴⁹ *Idem*. Las cursivas son mías.

“Beals comete un pecado mortal desde el punto de vista de los historiadores: la ocultación casi total de sus fuentes de conocimiento”.⁵⁰

Desde el campo o lugar social del cual González realiza su lectura, es decir la historia institucionalizada de los años ochenta, el discurso de Beals fue leído como una “historia narrativa”. Si la historia se define por una relación del *lenguaje* con el *cuerpo social* -parafraseando a Michel de Certeau-,⁵¹ *Porfirio Díaz*, según esta mirada crítica retrospectiva, se olvidó por dos razones: por su forma expositiva narrativa, posiblemente discriminada por los exponentes de la historia académica y debido a que no era posible un discurso científico sin aparato crítico. En otras palabras, “no da cuenta pormenorizada de los archivos y papeles consultados”⁵² y reproduce cosas de otros libros “pero de forma vaga”. Es decir, Beals introdujo estrategias literarias en la historia cavando su no-lugar.

La noción de historia narrativa de Luis González, se refiere a un modo específico de exposición en el cual, “conviven desde narraciones muy apegadas a los documentos hasta novelas históricas”.⁵³ Curiosamente en esta estrategia discursiva él mismo se conceptúa como un hábil artífice e incluye en el género a “novelistas como Martín Luis Guzmán, Agustín Yáñez y Mariano Azuela; (e) historiadores del tipo de Daniel Cosío Villegas, José Fuentes Mares y Héctor Aguilar Camín”.⁵⁴

⁵⁰ *Idem*

⁵¹ Certeau, Michael de, “El que permite...”, p. 81.

⁵² González, Luis, “Presentación”..., p. v.

⁵³ La “historia-caramelo o narrativa” desde su punto de vista, recurre a la estilística del género literario (la “buena prosa” y “coloridas descripciones”) puesto que se dirige al gran público, aunque, “en menor dosis que la historia documental... requiere de tierra archival”. Para el discípulo de Marrou, “ir a los archivos es una ley del trabajo histórico” pues nada suple la energía cognoscitiva de las bibliotecas y archivos. En *El oficio de historiar* (1988) dijo: “La historia se hace con documentos, lo mismo que el motor de explosión se pone en marcha con gasolina... Sin embargo no basta la riqueza de combustible documental... Tanto o más importante que la materia prima de los documentos son los motores que puedan ponerla en acción... Sin interrogatorio inteligente no hay documentación que valga. Sin buenas colecciones documentales, las preguntas sobran. Los combustibles *no documentales* para el conocimiento del pasado son muy inferiores a la documentación”. Consúltese Luis González y González, *El oficio de historiar*, México, El Colegio de Michoacán, 1999, pp. 84, 86, 90 y 91.

⁵⁴ *Ibid*, p. 84.

La contradicción de Luis González es que cuestiona que Carleton Beals construyera la biografía de acuerdo a la historia narrativa -por lo cual González considera que no se tradujo y publicó-, pero él mismo se asume como un historiador narrativo y no por ello se considera poco serio. Este argumento no clarifica entonces, cómo puede considerarse a Beals como “un introductor de la historiografía científica”, si “elude las arideces de la ciencia”.

Luis González en su presentación no discute la diferencia entre los “textos históricos”, tampoco alude a la polémica de Carleton Beals y Salvador Quevedo y Zubieta. Al académico le preocupó que Beals no soltara prenda sobre sus conductas de historiador y se detuvo en el “pecado mortal” de éste con relación a las fuentes. La interpretación del lector originario -la de Quevedo y Zubieta- y la del lector no originario situado en la distancia -Luis González-, coinciden en las mismas preocupaciones y, en términos generales, concuerdan en los juicios.

La experiencia de Luis González parte de la idea de que “La historia de polendas, si es de corte idealista, exige la hermenéutica de los textos, de las ideas y los hombres del pasado, y si es de índole materialista, pide explicaciones”.⁵⁵ Frente a esta distinción “Beals no se quebró la cabeza repensando los pensamientos de sus fuentes (como) Tampoco se puso a buscar la explicación de todos los hechos narrados. Rehuye las causas...”.⁵⁶ Ante cualquier prólogo o presentación, la principal expectativa de un lector es encontrar una explicación para que el texto sea más claro o intelegible, más aún cuando la mediación es la de un historiador que por la proximidad con nuestro horizonte puede reducir la ambigüedad de un libro que no fue escrito para nosotros.

De algún modo, la figura de Beals aún después de la presentación queda obscurecida. No nos plantea de qué manera Beals observó el

⁵⁵ González, Luis, “Presentación”..., p. vi.

⁵⁶ *Idem.*

pasado a partir de una formación periodística, siendo un extranjero y perteneciendo a un grupo difusor y simpatizante de la izquierda; si había convenciones que limitaban la escritura como la facilidad al acceso de fuentes, la organización de éstas en archivos, la posibilidad de comprender cabalmente el periodo, o las dificultades derivadas por la ideología revolucionaria que afectaba su mirada, etc. El juicio de González sobre cómo se dio la transmisión del sentido es la siguiente:

De Beals cabe decir que se aparta de las reglas del juego histórico al acometer las operaciones heurísticas, críticas, hermeneúicas y etiológicas, que no en las etapas de composición y redacción. La mayoría de los historiadores son muy duchos en la hechura de la obra negra y malos ebanistas. Carleton Beals es un campeón de la ebanistería. Tiene el don literario y la capacidad de conseguirse lectores. Quizá sea frívolo, pero no aburre. Quizás su historia se quede en la narrativa pero no mete a nadie en honduras...⁵⁷

La distancia temporal existente entre Salvador Quevedo y Zubieta y Luis González no significó un cambio interpretativo tan distinto sobre el autor. Finalmente ambos desacreditan a *Porfirio Díaz* por ser una “obra menor” y coinciden en que “como los eruditos son muy desconfiados, no se conforman con las operaciones críticas realizadas por Beals”.⁵⁸ Sin embargo, Quevedo y Zubieta -en un diálogo imaginario con Luis González- no estaría de acuerdo con que: “*La gran mayoría de las afirmaciones y los juicios de Beals son fácilmente compartidos por los historiadores científicos, pero no faltan en su obra noticias y valoraciones muy discutibles*”.⁵⁹ A pesar de los elogios de Luis González, que en el fondo no le ayudaron a Beals para ser recuperado o comprendido, podemos inferir de su interpretación que *Porfirio Díaz* es una “obra menor”.

⁵⁷ *Ibid.*, p. vii.

⁵⁸ *Ibid.*, p. vi.

⁵⁹ *Ibid.*, p. vii.

Consideraciones finales

Quisiéramos insistir en las preguntas que motivaron este análisis: ¿Cómo fue que a Carleton Beals se le desautorizó en términos historiográficos a hablar? ¿Por qué se produjo el desplazamiento del lugar al *no lugar*?

La recepción de “La vida de Porfirio Díaz” que hiciera Salvador Quevedo y Zubieta nos remite a una particular subjetividad, pero también, a la mediación de los efectos del *corpus* del *Ilustrado*. Es decir, en su experiencia lectora, hay que considerar el contexto material en que estuvo inserto el texto de Beals. La percepción de Quevedo y Zubieta, así como la de otros “lectores originarios”, ineludiblemente estuvieron vinculadas a la manera de transmitir la obra y a la estética que rigió la producción del semanario. Hay hechos que posibilitan la construcción de una obra en la actualización del lector: la ubicación del texto en un lugar, en un tiempo, en una comunidad de lectores, las técnicas específicas de difusión del organismo en el que circuló en México.

A fin de restablecer la historicidad de la obra de Carleton Beals, cabe insistir en que el medio de difusión en México fue condición para fijar una forma específica de lectura. La expectativa como autor que Carleton Beals previó en sus receptores -que éstos comprendieran el texto como un relato verídico y no como un artificio literario-, fracasó. Y fracasó en la comunidad lectora mexicana, en gran medida porque el contexto material en que se difundió postulaba un “texto literario”.

El *Ilustrado*,⁶⁰ definido por sus editores como un “semanario artístico popular” fue un órgano de difusión impreso en la ciudad de México orientado hacia un público urbano expectante del mundo del entretenimiento y la literatura. En sus páginas se daban a conocer: las novedades del cine y sus estrellas, el teatro, la fiesta brava, las

⁶⁰ El periódico *Universal Ilustrado* (1917-1928), después cambió su nombre a *Ilustrado* (1928-1940).

competencias de autos, diversos eventos de índole deportiva, reseñas de las representaciones pictóricas y musicales, de las novedades de la moda, como registros de la cotidianidad citadina. El periódico contaba además, según palabras del editor (1935), con espacios “para el entendimiento y no tan sólo para los ojos”: la novela semanal, los cuentos en serie -como los escritos por Francisco L. Urquiza (“Recuerdo que... visiones aisladas de la Revolución”)- y la página “histórica” completaban al semanario.

Después de tres libros y algunas docenas de piezas cortas, para Beals la biografía representaba la “coronación” de sus estudios referentes a México. Su público integrado por un grupo minoritario de estadounidenses liberales e izquierdistas moderados le dio cobijo. Los intelectuales norteamericanos de la “bohemia roja” -colegas y también competidores- reconocieron a Beals como autor competente y proporcionaron su “éxito temporal”, contribuyendo asimismo a la construcción de su imagen como especialista en México.

En México, sin embargo, esta biografía “histórica” fracasó, al ser interpretada como un trabajo literario no académico por su estilo narrativo de divulgación. Específicamente, las lecturas de Quevedo y Zubieta (1934) y de Luis González (1982), a pesar de la distancia temporal entre una y otra, contribuyeron a la descalificación del autor pues estos autores realizaron una lectura reductiva, positiva y puramente documental.

Quevedo y Zubieta, refiriéndose al libro *Porfirio Díaz*, señaló: “¿Hay quien lo compre en México? Seguramente, no el lector mexicano, quien para tragar algo de historia nacional en inglés necesita que esté bien fundado”.⁶¹ La falta de “documentos-probantes” y la “ocultación de las fuentes” que le reprochan sus lectores situados en distintos horizontes históricos, se basan en el argumento de que el historiador debe citar exhaustivamente las pruebas de cada afirmación que hace en su texto. Como Beals elude la erudición histórica oficial,

⁶¹ Quevedo y Zubieta, Salvador, “Los Generales Presidentes Porfirio Díaz y Manuel González, el Sr. Carleton Beals y Yo”, *Excélsior* (Página Editorial), 9 de noviembre de 1934, p. 8.

(las citas a pie de página y el listado de fuentes y archivos al final del texto) parece no poder garantizar la veracidad de lo dicho.

Tanto para Quevedo y Zubieta como para Luis González, desde la práctica histórica, las notas identifican el indicio primario de la investigación; dan legitimidad al referente de análisis; persuaden al lector de que ha realizado una cantidad aceptable de trabajo para considerársele en los límites de su campo e identifica el trabajo histórico en cuestión como obra de un profesional. Sin embargo, hoy más allá del horizonte de Quevedo y Zubieta y de Luis González se puede decir que ninguna acumulación de notas puede garantizar que cada afirmación del texto descansa sobre hechos demostrados. Las notas no explican el curso que ha seguido el historiador para su interpretación del texto.⁶² Las mismas fuentes se pueden usar para negar los hechos que otros pretenden confirmar y aunque aparecen como el sustento empírico no garantizan la interpretación aunque sí su carácter contingente. A través de la lectura constatativa, *El otoño de la Edad Media* de Johan Huizinga sería, igualmente, un artificio literario.

Jesús Guisa y Azevedo dijo en 1933: “Beals se nos ha hecho aparecer, aparece en todo caso en Estados Unidos, como un conocedor de la historia de México, y más especialmente de la historia de los últimos años”.⁶³ Estos lectores mexicanos tuvieron razón en suponer que Beals se consagrara en un ámbito de lectores extranjeros. *Porfirio Díaz. Dictator of México* se publicó en Estados Unidos en 1932, se reeditó en 1959 y 1971; lo mismo que en Chile en 1941, sin verse afectado por las críticas. En México, mientras que Beals escribió desde el lugar social del periodismo no existieron juicios tan frontales que lo descalificaran como cuando realizó su escritura “histórica”. La biografía de Porfirio Díaz produjo su “no lugar”, después de esta

⁶² Véase Antony Grafton, *Los orígenes trágicos de la erudición. Breve tratado sobre la nota al pie de página*, (traducción Daniel Sadunaisky), Argentina, Fondo de Cultura Económica, 1998.

⁶³ Guisa y Azevedo, Jesús, “Porfirio Díaz, por Carleton Beals”, *Excelsior*, 8 de febrero de 1933, p. 5.

obra -por los registros documentales que se disponen- no se volvió a publicar en México obra alguna de Carleton Beals lo cual es muy sintomático. Perdió su presencia autoral, pero ¿acaso también decayó el interés de los lectores en su escritura?

En la reciente biografía política de Porfirio Díaz realizada por el historiador inglés Paul Garner, se comenta que: “las biografías en inglés de Díaz o de sus contemporáneos siguen siendo escasas; no se ha publicado una biografía de Díaz en inglés desde la publicación del *errático, anecdótico, apasionado y antiporfirista Porfirio Díaz* de Carleton Beals... en 1932”.⁶⁴ Esta muestra de recepción de la obra de Beals sugiere que la comunidad lectora especializada situada en la postura historiográfica “neoporfirista” -como P. Garner la designa- no comparte la interpretación del grupo minoritario de “lectores originarios” norteamericanos que algún día contribuyeron a la construcción autoral del periodista como exitoso y competente al hablar del personaje histórico. El desplazamiento hacia un *no lugar* historiográfico en el caso de Carleton Beals se reafirma en la obra de uno de los académicos “mexicanistas”.

De la biografía *Porfirio Díaz* de Carleton Beals, se podría decir que fue el producto de un periodista que emprendió camino en la historia sin experiencia previa sobre los requisitos de la práctica -tomando como parámetro la escritura del historiador Ernest Gruening, contemporáneo a Beals-. Aunque efectivamente se le puede juzgar de “anecdótico” e incluso “errático”, esto es posible decirlo a partir de lo escrito en la actualidad sobre el periodo y el personaje en cuestión. Es importante que no olvidemos la historicidad del propio texto y leer la obra situándola en un contexto en el que ni la historia se había profesionalizado, ni los investigadores podían acceder a las fuentes de archivo de forma ordenada y jerarquizada como ahora se dispone en la Colección Porfirio Díaz de la Universidad Iberoamericana. Bien

⁶⁴ Garner, Paul, *Porfirio Díaz del héroe al dictador: una biografía política*, México, Planeta, 2003, p. 255. Las cursivas son mías.

vale una (re)lectura de la obra de Beals pues no sólo fue el primer escritor norteamericano después de la Revolución Mexicana en atreverse a esbozar una biografía sobre la vida de un personaje clave como Porfirio Díaz, sino que además, como Paul Garner lo afirma, fue la versión -por ser la única- que prevaleció en los lectores de habla inglesa desde 1932, hasta que años más tarde el mandatario mexicano fue objeto de estudio en tesis doctorales realizadas en universidades estadounidenses.



Recibido: 23 de mayo de 2003
Aceptado: 15 de marzo de 2004